

Eduardo Jorge Llambías

por Carlos A. Cingolani



Eduardo proviene de una familia que ha tenido intensa actividad intelectual por lo que es evidente que ha recibido una formación cultural y humana que favorecieron para que se convirtiera en una personalidad dentro de la Geología, tanto en su carácter de colega investigador como de profesor. Su estilo campechano, franco, abierto totalmente a expresar lo que piensa, hace que sea siempre fructífero poder compartir una conversación y en definitiva es un hombre ampliamente generoso al momento de ofrecer sus conocimientos. Tengo el privilegio de ser “vecino” de oficina en el CIG (CONICET-UNLP) desde que decidió venir a la ciudad de La Plata para instalarse con su nueva familia. Eduardo cursó la carrera en la Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1960 en la antigua sede de la Facultad ubicada en la calle Perú, haciendo con entusiasmo sus primeras campañas con el Dr. J.C.M. Turner quien tenía a su cargo la confección de Hojas Geológicas para la Dirección Nacional de Geología y Minería. Eran campañas de varios meses de duración en condiciones precarias de campamentos y estadías en lugares inhóspitos, sin comunicaciones y con poco contacto con lugares

res poblados. Pero un momento clave en su carrera fue cuando el Dr. González Bonorino, para entonces una fuerte personalidad científica con reconocimiento internacional, le propone ‘si se animaba’ a hacer la tesis doctoral en la zona del Payún-Matrú en el sur de Mendoza, de la cual se tenía poca información de las rocas volcánicas que la componían. Eduardo se animó y llevó a cabo en forma solitaria pero con el apoyo fundamental de los baqueanos y sus mulas cargueras. Este trabajo que culminó como tesis doctoral en 1964, le permitió desentrañar la estructura volcánica externa de una zona compleja y a partir de allí iniciar una especialización muy importante para el país. Posteriormente tuvo oportunidad de trabajar en el distrito minero Agua de Dionisio y Farallón Negro, donde completó un detallado mapeo geológico que sigue vigente en sus aspectos

fundamentales, permitiéndole interpretar los procesos endógenos causantes de la mineralización hidrotermal. Luego pasa a estudiar los cuerpos graníticos del Paleozoico Superior de la Cordillera Frontal de San Juan, hasta que en 1966 decide, por los problemas políticos del país y especialmente de la UBA donde participaba en la docencia, aceptar una beca externa de CONICET para viajar a la Universidad de Stanford (EE. UU.) y continuar con su especialización en temas volcanológicos y sus yacimientos asociados. A su regreso al país reinicia su actividad científica y docente en la Universidad Nacional del Sur con sede en Bahía Blanca con un proyecto en el Macizo Norpatagónico donde se registra una relevante meseta volcánica en la provincia de Río Negro que atrajo su atención. Luego extendió sus estudios a la provincia de La Pampa consiguiendo apoyo económico para el mapeo general de la zona. En 1975 ingresa a la Carrera de Investigador del CONICET con lugar de trabajo en la UNS donde conformó un grupo de trabajo con investigadores, becarios y tesis. Aquí tiene una lamentable interrupción por los sucesos de 1976 y renuncia a la universidad para radicarse nuevamente en Buenos

Aires donde es dejado cesante por el CONICET. En este lapso tuvo que trabajar como consultor independiente en yacimientos de wolframio de San Luis hasta que es contratado por la UNSJ para estudiar un eventual repositorio nuclear en la zona de Sierra del Medio cercana a Gastre en la provincia de Chubut. Sus conclusiones luego de un detallado trabajo fueron que, si bien existían fallas, la zona estaba preservada de actividad tectónica y podría ser apta para construir un posible repositorio. Luego siguieron otros trabajos en los cuales Eduardo participó activamente pero debemos destacar el mapeo de la zona de La Esperanza, en la provincia de Río Negro, donde compartió tareas con quien fuera su amigo entrañable desde la época de estudiante, el Dr. Roberto Caminos, de una personalidad y actitud frente a la vida bastante similar: ambos amantes de las artes, música clásica, historia

antigua, entre otros temas. Extendió ahora su interés por la geología de la alta Cordillera Frontal, analizando los diferentes eventos magmáticos del llamado batolito de Colangüil en San Juan. Hacia fines de la década de 1980 se integra a la Universidad Nacional de La Plata ganando el concurso de la Cátedra de Petrología que había dejado vacante por jubilación el Prof. Dr. Mario Teruggi. A los pocos años decide mudarse a la ciudad de La Plata e integrarse al Centro de Investigaciones Geológicas donde desempeña actualmente su actividad de investigador. Eduardo ha dirigido tesis doctorales, ha escrito libros que son hitos en la volcanología argentina y numerosos artículos de su especialidad. Sus charlas y conferencias, siempre muy amenas, matizadas con hermosas vistas de campo que lo marcan como un experto fotógrafo, cautivando al auditorio por su clari-

dad y profundos conocimientos, señalando de acuerdo a su experiencia personal como enseñanza primordial la necesidad de insistir en las rigurosas observaciones de campo. Ha merecido por sus condiciones académicas y labor institucional la designación de Profesor Emérito de la UNLP, Premio Nacional de Geociencias otorgado por el Ministerio de Educación de la Nación, Premio Asociación Geológica Argentina en la temática de su especialización y es Miembro Honorario de la misma institución. Expresa Eduardo en su autobiografía muy acertadamente "mi laboratorio fue la naturaleza", esto es un sello personal destacado, que lo resume como un ser humano de notables condiciones intelectuales, dueño de una gran modestia y honestidad intelectual. Por ello me sumo a los colegas que suelen llamarlo 'don Eduardo' considerándolo un verdadero maestro.